

***El descubrimiento de un nuevo mundo de John Wilkins y las bases racionales de la utopía***

María Inés Castagnino

UBA – FFyL

[inex13@gmail.com](mailto:inex13@gmail.com)**Resumen**

En la primera obra conocida del clérigo y filósofo inglés John Wilkins (1614-1672) se percibe una tensión reductible a los extremos de razón e imaginación. La misma se adivina ya desde el título de esta obra de 1638, cuya primera parte (*El descubrimiento de un Nuevo Mundo...*), que sugiere lo aventurero, se ve contrapesada por una segunda parte de corte más “científico” y cauteloso (...o un *Tratado tendiente a demostrar que es probable que haya otro Mundo Habitable en la Luna*). El texto así designado se inscribe por ende en el terreno de la conjetura imaginativa pero racional, y procede a analizar las condiciones de posibilidad de la utopía que Francis Godwin (1562-1633) había propuesto en el relato fantástico titulado *The Man in the Moone*: el viaje de un hombre a la luna y su encuentro allí con seres que llevan una existencia paradisíaca. A la luz de esta relación, el propósito de este trabajo es poner en evidencia la tensión antes indicada y considerar los mecanismos empleados por Wilkins como hombre renacentista completo (clérigo, filósofo y erudito) para encarar racionalmente un proyecto que contribuyó a definir la Modernidad, así como la compleja articulación de tal propósito con los dogmas de la fe, ese tercer elemento en discordia.

**Abstract**

In the first known work of the English philosopher and clergyman John Wilkins (1614-1672), there is evidence of a certain tension between the two forces of reason and imagination. Such a tension may be guessed at in the title of this 1638 piece, the first half of which (*The discovery of a new world...*) suggests the adventurous, while the second half is much more 'scientific' and cautious (...or a discourse tending to prove that it is probable there may be another habitable world in the moon). The text is thus inscribed from the start in the realm of the conjectural, both imaginatively and rationally, as it proceeds to analyse the actual possibility of the utopian voyage previously narrated by Francis Godwin (1562-1633) in *The Man in the Moone*: a man's voyage to the moon and his meeting there with beings who lead a paradisiac existence. In the light of the link between these two works, it is the aim of this paper to highlight the aforementioned tension between reason and imagination, and to look into the devices employed by Wilkins as a full Renaissance man (cleric, philosopher and scholar) in order to inscribe one of modern man's most fantastical projects in the sphere of the rational, while also looking into the complex connection between his purpose and the tenets of his religious faith – a third aspect to consider.

El siglo XVII en Inglaterra vio avances y acontecimientos fundamentales vinculados con el desarrollo sostenido del poder marítimo británico y la expansión de sus intereses comerciales y coloniales a otros continentes, tales como Asia, África y América del Norte. El avance en el conocimiento y la explotación material de nuevos territorios estuvieron naturalmente ligados al desarrollo del conocimiento científico, que también extendió sus conquistas durante ese siglo; la fundación de la Royal Society en 1660 da la pauta de su institucionalización. Las ciencias experimentales, la astronomía, la anatomía y la filosofía son herederas, en este período, del nuevo espíritu del Renacimiento “que dejaba a los seres humanos en libertad de explorar, comprender y disfrutar del mundo físico de maneras imposibles bajo la dispensa de la Iglesia medieval”, y de su “libertad aparentemente ilimitada para pensarlo todo de nuevo” (Widdowson 2004: 5).<sup>1</sup> Como una

---

1 La traducción al español de todas las citas de textos cuyos títulos y datos de se consignan en inglés en la bibliografía

consecuencia de estos desarrollos, el género literario de la utopía, vigorizado y redefinido para la modernidad a partir de la *Utopía* de Tomás Moro, cobra renovado interés y retoma la tradición clásica del viaje a la luna: “imaginar un mundo en la luna fue quizás una respuesta al mundo renacentista en el cual los sistemas de jerarquía, autoridad, religión, al igual que las revoluciones planetarias, eran cuestionados” (Pohl 2010: 53). Desarrollos fundamentales como éstos presentaban los conflictos y tensiones naturalmente inherentes a una revisión de la posición del hombre ante el universo. La razón se afianzaba como principio rector del comportamiento humano, pero a la vez los avatares de la fe no perdían su protagonismo, como lo evidencia el hecho de que las diferencias religiosas fueran un componente central de las luchas políticas de la época y la instauración de la 'república' puritana a mediados del siglo XVII.

John Wilkins vivió en Inglaterra entre 1614 y 1672, de modo que su vida se desarrolló en el marco de los gobiernos de la dinastía de los Estuardo y la República de Cromwell que los separó y reemplazó entre 1649 y 1660. Se desempeñó, a lo largo de su vida, en gran medida en la esfera pública, lo cual lo colocó en el ojo de la tormenta con respecto a algunos de los acontecimientos político-religiosos de su época. Formado en la universidad de Oxford en la teología y las humanidades, inició su carrera como clérigo; era puritano y llegó a contraer matrimonio con la hermana de Oliver Cromwell. Su actitud en su desempeño de cargos eclesiásticos fue fundamentalmente conciliatoria; promovió la tolerancia y rechazó las posturas extremas como fanatismo tanto durante el período en el que el Puritanismo detentó el poder político como después, con la restauración monárquica en 1660. Esa actitud conciliatoria es la que le permitió contemporizar con la iglesia anglicana durante el reinado de Carlos II, con tanto éxito que, a pesar de su conexión puritana, llegó a ser obispo de Chester. En dicho cargo fue funcional al propósito de atraer a los disidentes al Anglicanismo. Así lo sintetiza uno de sus biógrafos:

Habiéndose conformado a la iglesia, estaba muy dispuesto a atraer a otros; empresa en la cual no careció de éxito, especialmente en su propia diócesis, donde los extremos por ambas partes eran tan notables como en la mayor parte de la nación. Por ser él mismo una persona ampliamente caritativa, estaba a favor de la indulgencia y la comprensión a fin de llevar a una conclusión nuestras diferencias en materia religiosa. (Wilkins 1802: viii-ix)<sup>2</sup>

No es este el único cisma vinculado con lo religioso que Wilkins buscó zanjar. A partir de sus estudios, que habían incluido la astronomía, se mantuvo conectado con el ámbito de la filosofía experimental. Este interés lo llevó a ser, en distintos momentos de su vida, director de *colleges* en las universidades de Oxford y Cambridge, y uno de los primeros miembros de la ya mencionada Royal Society. Esto generaba cierto grado de conflicto con su rol eclesiástico, como lo refleja y lo justifica el mismo biógrafo anterior:

A veces trataba asuntos que no correspondían estrictamente a su profesión; pero siempre con la intención de hacer que los hombres fueran más sabios y mejores; ese era el gran propósito que perseguía al promover el conocimiento universal, y una de las razones principales para que ingresara en la Royal Society. (Wilkins 1802: vi)

Algunos años antes, otro clérigo se había permitido tratar asuntos que no correspondían estrictamente a su profesión. Francis Godwin (1562-1633) también estudió en Oxford, donde se lo calificó como “una de las personas más ingeniosas así como uno de los estudiantes más asiduos de la universidad” (Godwin 1996: 11).<sup>3</sup> También siguió la carrera eclesiástica y llegó a ser obispo (en este caso, de Hereford). En algún momento de su carrera que no ha podido ser establecido con precisión, escribió un texto que no dio a conocer, al que tituló *El hombre en la luna, o un discurso acerca de un viaje hasta allí*. Consiste en el relato en primera persona de un personaje ficcional, un

---

pertenece a la autora de este trabajo.

2 La versión facsimilar de la edición de 1802 del texto de Wilkins empleada para este trabajo incluye la nota biográfica que aquí se cita, pero no consigna el nombre del autor de la misma.

3 La cita es incluida sin indicación de fuente por Andy Johnson y Ron Shoesmith en su introducción a la edición del texto de Godwin.

español llamado Domingo Gonsales, quien, además de viajar a la isla de Santa Helena y a la China, llega a visitar la luna en una nave impulsada por gansas; allí encuentra habitantes inteligentes organizados en una sociedad superior a la humana en la tierra. A través del relato, se hace evidente que Godwin “era un conocedor curioso y atento de los descubrimientos astronómicos, y había leído a Copérnico, Galileo y Kepler” (Comparato 2006: 111); entre otras cuestiones, se hace referencia a la del magnetismo terrestre y la gravedad, que Newton formalizaría como teoría recién unos cincuenta años después. Los responsables de una edición reciente especulan de la siguiente manera:

Si lo escribió mientras era obispo de Hereford, como aquí razonamos, entonces lo hizo en una época de tensiones tanto religiosas como políticas en alza, que culminaron en la guerra civil. Sus escritos publicados eran más bien sobrios, y quizás no tuvo la confianza o el deseo de poner en riesgo su posición adentrándose en este campo minado teológico en particular. Pudo haberlo escrito para satisfacer su propia necesidad de manera tal que le causara el menor bochorno si saliera a la luz, y luego haberlo guardado para que lo encontrara su familia tras su muerte. (Johnson y Shoesmith, en Godwin 1996: 11)

Si fue así, la estratagema funcionó. El texto fue publicado en 1638, cinco años después de la muerte de Godwin, con un éxito inmediato. También en 1638, unos meses después, se dio a conocer un texto titulado *El descubrimiento de un nuevo mundo o un Tratado tendiente a demostrar que es probable que haya otro Mundo Habitable en la Luna. Con un Tratado sobre la Posibilidad de Transportarse hasta allí*. No llevaba nombre de autor alguno, pero es sabido que era de John Wilkins, y allí el antecedente de Godwin es reconocido abiertamente:

Habiendo así terminado este discurso, hallé por casualidad una fantasía tardía, bajo el nombre ficticio de Domingo Gonsales, escrita por un difunto eclesiástico y erudito obispo; en la cual (además de numerosos particulares con los cuales este último capítulo involuntariamente coincide) se describe una muy agradable y bien concebida fantasía concerniente a un viaje a este otro mundo. (Wilkins 1802: 128-129)

Los puntos de contacto son, entonces, evidentes: dos clérigos destacados sucumbieron a la tentación de apartarse del terreno convencional para sus escritos, tentados por los ímpetus de conquista, los atractivos de la ciencia y la posibilidad de la existencia de un mundo más estable y ordenado, ajeno a los tironeos de la sociedad de los hombres en la tierra (es un particular signo de los tiempos que, en los comienzos de la edad moderna, en Inglaterra sean hombres ligados a la religión, con Tomás Moro a la cabeza, quienes se vinculen con la utopía). Sin embargo, mientras el texto de Godwin se enmarca dentro de un género narrativo con una fuerte impronta pseudo-autobiográfica y fantástica –impronta reconocida implícitamente por el título elegido–, el texto de Wilkins se propone como una especulación filosófico-científica acerca de convertir la fantasía del viaje a la luna en una posibilidad concreta. Y esto también explícitamente desde el título, que se hace eco de la estructura bipartita: *El hombre en la luna, o un discurso acerca de un viaje hasta allí*, de Godwin, deviene *El descubrimiento de un nuevo mundo o un discurso tendiente a demostrar que es probable que haya otro Mundo Habitable en la Luna* en Wilkins. La primera parte, que sugiere lo aventurero, se ve contrapesada por una segunda parte de corte más “científico” y cauteloso; se percibe una tensión entre los extremos de razón e imaginación, a los cuales se sumará como polo tensional la fe. Esto se explicita en la segunda de las proposiciones que estructuran el desarrollo de los razonamientos de Wilkins, titulada: “Que una pluralidad de mundos no contradice ningún principio de la razón o de la fe” (Wilkins 1802: 13).

Frédérique Aït-Touïati provee una de las contraposiciones más minuciosas entre los puntos de vista adoptados por cada uno de estos autores. Comienza señalando que la división tajante entre ficción como categoría para Godwin y prosa científica para Wilkins es falaz, y concluye que el modo discursivo adoptado por este último es el del “probabilismo” (2011: 56-63); es decir, su discurso no puede ser evaluado en términos de la polaridad verdadero-falso, sino que propone una fluctuación de la categoría ontológica de sus contenidos dentro de una escala de probabilidades. Está claro que, dentro de esta escala, el propósito de Wilkins es acercar el viaje a la luna a un extremo, a la

condición de posibilidad. A tal efecto, se apela desde un primer momento a la razón del lector (“permíteme [...] aconsejarte que vengas a [este tratado] con una mente equitativa, no influenciada por prejuicios, sino desinteresadamente resuelta a aceptar esa verdad que tras deliberación te parezca más probable en virtud de tu razón” [Wilkins 1802: 1]), en oposición al apoyo tradicional e incondicional de preceptos filosófico antiguos:

Es mi deseo [...] mover a algún espíritu más activo a la búsqueda de otras verdades ocultas y desconocidas: ya que debe ser un gran impedimento para el crecimiento de las ciencias que los hombres siempre marchen sobre principios trillados, como si tuvieran miedo de considerar cualquier cosa que pareciera contradecirlos. [...] Sin duda hay muchas verdades secretas que los antiguos han pasado por alto, que todavía quedan para hacer famosos por su descubrimiento a algunos de nuestra época. (Wilkins 1802: 2)

En virtud de este propósito, Wilkins adopta en la mayor parte de su texto un discurso que, para su época, no puede ser calificado más que como científico: las citas de autoridades modernas (como, por ejemplo, Nicolás de Cusa, Tycho Brahe, Galileo y Kepler) funcionan codo a codo con las antiguas (por ejemplo, Plinio o Plutarco), cuando no las superan en cantidad y calidad; y minuciosa atención es destinada a la descripción de métodos experimentales para cuestiones tales como calcular la altura hasta la que se extiende la atmósfera terrestre o dilucidar las condiciones físicas y los medios mecánicos por los cuales un cuerpo podría ser transportado por el aire.

Ahora bien, Wilkins aboga por dejar de lado la fe en los preceptos filosóficos de la antigüedad y procede a hacerlo en su texto, pero la fe religiosa no es algo tan fácil de relativizar o reducir. La cuestión de la naturaleza de los posibles habitantes de la luna, como la de los habitantes del continente descubierto en 1492, es especialmente difícil de esclarecer. Wilkins se pregunta “si son de la semilla de Adán; si se encuentran allí en estado de gracia, o si no qué medios puede haber para su salvación” (1802: 100), si tendrán su equivalente del Pecado Original y si la muerte de Cristo los salvó de él como a los hombres, y especula acerca de que pueda tratarse de seres de una naturaleza intermedia entre la de los hombres y la de los ángeles (1802: 102). Tras dar cuenta de algunas interpretaciones ajenas de las Sagradas Escrituras en relación con este problema, Wilkins traza la línea que lo define en este sentido: “no me atrevo a chancear con verdades divinas, o aplicar estos pasajes según lo dirige la imaginación. Así como pienso que esta opinión [la posibilidad de la existencia de un mundo en la luna] no contradice las Sagradas Escrituras en ninguna parte, del mismo modo pienso que no se la puede probar a partir de ellas” (1802: 102). Un dictamen similar le merecen los intentos racionales de ubicar el infierno y el cielo en la tierra a partir de ‘datos’ tomados de las sagradas escrituras (1802: 105-107). La religión y sus autoridades funcionan en este caso como un límite para la razón, y por ende se ven relegadas por Wilkins, quien “hizo más que cualquier otro inglés de su época por popularizar la doctrina copernicana, y quizás también algo por minar la autoridad científica de las Escrituras” (Bush 1941: 89).

A la vez, sin embargo, la relación parece invertirse por momentos. La razón, así como libera de las prescripciones antiguas, también encuentra sus propios límites en la falta de evidencia constatable y concreta; y la fe, en su desapego de lo material, abre las puertas a la conjetura imaginativa:

...dado que no conocemos las regiones de ese lugar [la luna], debemos ser completamente ignorantes respecto a sus habitantes. No ha habido aún ningún descubrimiento respecto a ellos sobre el cual podamos basar una certeza, o una buena probabilidad; podemos adivinar respecto a ellos, y eso incluso muy dudosamente, pero no hay nada que podamos saber. [...] No obstante, podemos adivinar en general que hay algunos habitantes en ese planeta, ya que ¿por qué otro motivo habría la Providencia dotado a ese lugar de tales comodidades para ser habitado como las declaradas más arriba? (Wilkinson 1802: 100-101)

La fe se convierte en un paradójico aliciente para el progreso científico, puesto que, si bien el avance de la razón sobre la posibilidad de que haya vida inteligente y organizada en la luna debe necesariamente detenerse por falta de evidencia concreta, la providencia divina es la garantía de que la manera de acceder a dicha evidencia le será dada al hombre a su debido momento:

...si tan sólo consideramos mediante qué pasos y a qué ritmo todas las artes usualmente van creciendo, no tendremos motivo para dudar de que esto no vaya a ser descubierto más adelante, entre otros secretos. El método de la Providencia ha sido constantemente hasta ahora el de no mostrarnos todo de inmediato, sino conducirnos gradualmente del conocimiento de una cosa a otra. (Wilkins 1802: 109)

En función de esta confianza, Wilkins se atreve a afirmar que “es posible construir una carroza voladora [...] que transportará [al hombre] por los aires. Y ésta podría quizás ser construida lo suficientemente grande como para llevar a varios hombres al mismo tiempo, además de comida para su *viaticum* y productos para comerciar” (1802: 128). Los aviones y las naves espaciales propios del imaginario de la utopía y las formas primitivas de la ciencia ficción hacen así su ingreso en este discurso científico, al igual que el interés comercial y expansivo nacional.

El resultado, entonces, es el de una compleja interacción entre la razón y la fe. El nuevo despertar de la imaginación utópica, y dentro de ella del viaje lunar en particular, vendrían en este caso a resolver la tensión que plantean tanto la razón como la fe en el siglo XVII, convertidas en dilema, en tanto liberadoras y limitadoras a la vez. Al final de su texto, Wilkins vislumbra esta resolución, pero no se la permite:

Y aquí, alguien que tuviera una potente fantasía sería más capaz de expresar el gran beneficio y placer que traería un viaje semejante, ya sea que se considere la extrañeza de las personas, las lenguas, las artes, la política, la religión de esos habitantes, como el nuevo comercio que se podría traer de allí. En resumen, considérese el placer y el provecho de los recientes descubrimientos en América, y necesariamente se concluye que esto va mucho más allá. Pero imaginaciones como ésta las dejo libradas a la fantasía del lector. (1802: 129-130)

Wilkins se mantiene con la mente en los cielos, pero los pies bien plantados en tierra firme. Sin embargo, remite, con sus últimas palabras, a los rasgos fundamentales de la descripción de los países en distintos textos utópicos (lengua, arte, política, religión, economía), y los anticipa casi gozosamente como positivos (“gran beneficio”, “placer”, “provecho”). Imaginación y fe, de alguna manera, se vuelven en este punto curiosamente paralelas: el viaje gozoso del alma del hombre al otro mundo, al encuentro de su metafórico padre celestial perfecto, se troca en un viaje gozoso del cuerpo del hombre a otro mundo, al encuentro de un concreto pueblo celestial perfecto, mediante la interacción de la fe y la razón como sostén de la posibilidad de estos desplazamientos.

## Bibliografía

Aït-Touati, Frédérique. *Fictions of the Cosmos. Science and Literature in the Seventeenth Century*. Traducción del francés al inglés de Susan Emanuel. Chicago and London: University of Chicago Press, 2011.

Bush, Douglas. “Two Roads to Truth: Science and Religion in the Early Seventeenth Century”. En *ELH*, vol. 8, Nº 2 (Junio 1941): 81-102. Disponible en internet: <http://www.jstor.org/stable/2871457>

Comparato, Vittor Ivo. *Utopía. Léxico de política*. Traducción de Heber Cardoso. Buenos Aires: Nueva Visión, 2006.

Godwin, Francis. *The Man in the Moone or A discourse of a voyage thither by Domingo Gonsales Thy Speedy Messenger*. Introducción de Andy Johnson y Ron Shoesmith. Almeley: Logaston Press, 1996.

Pohl, Nicole. “Utopianism after More: the Renaissance and Enlightenment.” En Claeys, Gregory (ed.), *The Cambridge Companion to Utopian Literature*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.

Widdowson, Peter. *The Palgrave Guide to English Literature and its Contexts, 1500-2000*.

Basingstoke & New York: Palgrave Macmillan, 2004.

Wilkins, John. *The Mathematical and Philosophical Works of the Right Reverend John Wilkins*. London: C. Whittingham, 1802.